

# SIN TÍTULO

Una familia se enfrenta a una situación triste y dolorosa. Debe ingresar en una residencia a un miembro muy querido, la abuela Eva, ya que, debido al avance de una terrible enfermedad llamada Alzheimer, el abuelo Luis ya no puede darle a su esposa los cuidados que esta necesita.

Eva y Luis tienen un hijo que se llama Juan, una nuera y dos nietos. Todos ellos quieren mucho a los abuelos, pero son conscientes de que la abuela estará mejor cuidada en un centro especializado en su enfermedad.

Lo más triste para la familia es que la abuela Eva, la protagonista de esta historia, hace tiempo que perdió una parte de ella. Lo más valioso e importante, sus recuerdos, se han ido borrando poco a poco de su memoria, al igual que las caras de las personas que quiere, a las que ya apenas reconoce.

Para el abuelo Luis su esposa sigue siendo la mujer a la que quiere y, aunque ella no le recuerde, él lo hará por los dos, y eso es suficiente. Pero para su hijo Juan es más difícil aceptar que una enfermedad solo le permita tener a su madre a medias.

La decisión, aunque dolorosa, está clara. Eva debe ingresar en una residencia. Pero antes de hacerlo Juan quiere que sus padres pasen esos últimos días junto a él y el resto de su familia, en su casa. Con ello quiere sentir un poco más cerca a su madre, aunque la cabeza de Eva esté ya muy lejos a veces.

Durante esos días todos se vuelcan en Eva, en compartir tiempo con ella y contarle una y otra vez fragmentos de sus vidas en los que ella ha estado presente. Son recuerdos felices para todos menos para la abuela, que escucha sin entender, porque esos recuerdos hace tiempo que se le han ido.

Una tarde, sentados en el jardín, Eva mira cómo sus nietos juegan y, de repente, su cara se ilumina y sonrío; no puede expresarse con palabras, pero señala hacia la cama elástica. Por un instante un recuerdo vuelve a la cabeza de Eva y se ve saltando con sus nietos en esa misma cama elástica. Ese momento significó mucho para todos; sabían que era difícil que la abuela se acordara de su vida, pero no imposible.

Ya en la residencia, su familia la visita con frecuencia y siempre que está con ella le habla una y otra vez de recuerdos pasados. La mayor parte de las veces Eva escucha sin más reacción, pero hay veces que sonrío y su mirada deja de estar perdida por un momento. Para su familia es suficiente y saben que esos breves instantes de lucidez son lo más cerca que la abuela estará de ellos. Aprendieron que para tenerlos solo tenían que hablarle de su vida una y otra vez, porque ellos no olvidan.